



Rodrigo Díaz-Pérez



Derrumbe

Mediodía del sábado 12 de agosto. De repente, las dos torres de la catedral, comenzaron a moverse. Oscilaban de un lado a otro en forma casi sincrónica. Después, empezaron a dislocarse los ladrillos de la parte alta y un lento desplome comenzó a notarse. Lo primero en caer fue la cruz metálica del centro, que se hundió en los jardines, entre los rosales, produciendo un raro sonido metálico que pudo escucharse nítidamente. En seguida, se estremeció la tierra tan intensamente, a tal punto que los árboles centenarios que están frente a la catedral, fueron violentamente arrancados y cayeron al suelo, mostrando las manos abiertas de sus raíces profundas y pulposas. Poco después, se precipitaron las campanas de la torre que está hacia la derecha, seguidas por las gemelas del lado izquierdo, haciéndose añicos: sus pedazos de bronce volaron en mil direcciones. Algunos fragmentos se clavaron en las ventanas de las casas próximas; otros, fueron dando saltos en las calles hasta quedar aprisionados en los albañales o entre los raíles de los tranvías. Cayeron después las dos torres. Antes de desplomarse, un polvo rosa amarillo envolvió totalmente a la catedral, de tal forma que por breve momento, se vio una especie de neblina, como si un esfumigado pictórico enorme quisiera dar una imagen impresionista de lo que venía derrumbándose. Todo hacía un ruido ensordecedor. Los testigos presenciales (que fueron puestos en cana por haber sido meramente testigos circunstanciales) —84→ decían que era algo parecido a un terremoto, pero que estaba circunscrito a un solo edificio: a la vieja y casi centenaria catedral. Después se vino al suelo el frente. El golpetazo de los ladrillos produjo el estruendo de varios cañonazos. Los jardines quedaron cubiertos de polvo y de piedras que enseñaban todas las proporciones imaginables, seguían moviéndose en forma de reptiles sospechosos e inquietantes. El estridor continuaba. Ahora temblaban las paredes laterales que desprendían enormes trozos de revoques por doquier. Las lajas al caer,

dejaban ver estratos de múltiples irisaciones, que demostraban el esfuerzo de varias generaciones de fieles creyentes. Algunas eran blancas, se podían notar otras grises o azules. La capa de más afuera, de rosa subido y tocante a rojo. El temblor seguía. Ahora los ladrillos volaban a grandes distancias y más de un habitante de la ciudad sufrió el empujón agresivo de un ladrillazo. Volaban como a cien metros de altura, y caían después en los lugares más impensados. El edificio de la policía local, fue sin lugar a dudas el blanco directo de la pared del sur, mientras que la del norte lanzaba sus terrones cocidos al estadio de fútbol, confundiendo a los jugadores con más de un objeto volador. La gente corría desordenadamente, por todos lados: la incertidumbre de no saber exactamente qué estaba sucediendo y dónde, agregaba pánico y desazón. Era realmente inexplicable. Los ladrillos comenzaron a moverse en el aire como si fuesen proyectiles dirigidos, dando vueltas a la izquierda y a la derecha, de arriba para abajo, como si obedecieran al control remoto de alguna fuerza nueva y peligrosa. Tenían — 85→ un impreciso color rosado o marrón subido. Los transeúntes vacilaban, tratando de evitar los balazos aéreos. Un torrejón bien rectangular pareció disminuir su velocidad y cayó en el medio de la calle mayor, errando por pocos milímetros un camión cuyo chófer venía anunciando con unos micrófonos aullantes e infames, la próxima corrida de toros en Fuenternillo de la Paloma. El estrépito fue seco, como si fuera el ruido de una balastrada que se derrumba súbitamente. En realidad, explotó como una bomba. Las esquirlas revolotearon a tremendas velocidades y con fuerza se embutieron en los sólidos ventanales del Banco de Finanzas. Después de dar contra las paredes, rebotaban y volvían a resonar en otros lugares. En su trayecto, las rabiosas esquirlas rompían ventanas, tumbaban transeúntes, vendedores ambulantes, turistas, perros vagabundos y burros impasibles, que irrumpían en destemplados rebuznos. Los trozos finales, no cesaban de ser peligrosos hasta que por último, por acción del desgaste traumático, se convertían en polvo. No había forma de medir el tiempo que duraba la metamorfosis de los ladrillos, desde su rectangular apariencia inicial hasta el momento en que se convertían en polvo y tierra. Según los más serios observadores -unos norteamericanos con enormes cronómetros microcomputarizados y antenas radarizadas- era cosa de segundos. Apretaban los botones de sus aparatos y no bien gritaban «*watch out!*» la cosa era polvo. Pero surgían discrepancias considerables. Un chileno de barba cana que un tiempo antes de jubilarse -fue profesor en Columbia, Carolina del Sur, calculó en su cuaderno (regalo —86→ de Neruda) que desde el momento en que se desprendían de la catedral, hasta el descenso explosión transcurría más de una hora. Los norteamericanos con radar quedaron estupefactos. Uno de ellos dijo «*there is something definitely wrong*» a lo que el chileno respondió: «cállense, gringos pinochetistas llenos de instrumentos guerreros...». La esposa que era alemana, lo trató de calmar diciendo (recitando a Goethe): «*Mit hundert schwarzen Augen sah!*», porque le tenía terror a la CIA local, que contrataba informantes nativos (de piel morena) para sus espionajes.

Toda la ciudad quedó como engalanada con banderolas rojizas en las paredes de las casas. Los trozos cayeron con más intensidad en la parte céntrica, cerca del Oratorio y del Banco de Finanzas. Para limpiar las manchas y revocar los agujeros se necesitarían varias semanas y cientos de obreros, muchos más que los que existían en la ciudad. No era fácil tarea. La gente humilde y trabajadora, altamente religiosa y al mismo tiempo muy supersticiosa, no quería saber nada de tocar los ladrillos del templo. Eran como la hostia, pedazos sagrados. Venían de un santuario donde los ritos pontificales eran la ley, por lo tanto, constituían la voluntad divina y por otro lado -lo más importante quizá- monseñor no se había pronunciado sobre ese punto. Para ello, era necesaria una larga campaña desde el púlpito, sermones aclaratorios y más aún, acción periodística, radial y

televisiva, para convencer a los obreros de que los ladrillos no eran sino pedazos de ladrillos.

Cuando todo cesó y la calma retornó a la —87→ ciudad, el comisario y sus oficiales más próximos en jerarquía hicieron una inspección *in loco* de los daños causados por la caída del templo y sus ladrillos. Iban apuntando con detalle todo lo que observaban, pues de alguna forma pensaban discutir las indemnizaciones con monseñor. «Esto no puede quedar así», decían. Comenzaron por la calle mayor. La parte más dañada era la esquina en que convergían Guarnipit y Cronopio, de fundamental importancia, pues allí se hacían todas las citas y en ella desembocaban los caminos que conducían a los bancos, negocios, hoteles y aerolíneas. Los asuntos importantes y encuentros claves, se originaban allí. En esa encrucijada convocaba Ernesto Jopará a sus amigos. Ernesto era muy popular, pues dirigía la Banda Okara y un cenáculo literario muy serio. En el Banco de Finanzas, violento escenario de ladrillazos recalcitrantes, no quedó una sola ventana sana. Los vidrios, trizas esparcidas y distribuidas hasta a cien metros de distancia. La ostentosa placa de cobre en que brillaba su nombre, parecía un colador. Solamente las letras A. N. O. quedaron visibles y la gente comenzó a llamarlo así, con gran enojo del gerente, quien quiso corregir inmediatamente dicha bochornosa situación. Sin embargo, no logró un alma que quisiera trabajar un fin de semana. En realidad era peligroso tratar de hacer nada. Todo era tan inseguro a pesar de las horas transcurridas. El riesgo estaba allí, latente pero real. Los pedazos de ladrillos se desprendían sin razón alguna y seguían dando quehacer a los peatones, quienes con adiestramiento y cierta picardía, habían aprendido a desviarse del itinerario impredecible —88→ de municiones rojas o anaranjadas. Caminaban a saltitos de canguro y con frecuencia, llevándose a los demás transeúntes por delante. Tenían que mirar hacia el cielo y a los costados, en constante estado de alerta. Ese lunes, por primera vez en cien años, hubo feriado bancario, porque los empleados no pudieron entrar en sus oficinas, totalmente copadas las puertas por curiosos que querían ver las intimidades bancarias, por casualidad expuestas a todo el mundo esta vez. Periodistas nacionales y extranjeros se acomodaron como mejor pudieron y con cámaras filmadoras esperaban, con una concentración mental pocas veces vista, los esporádicos vuelos de ladrillos (los últimos) y filmaban todo. Un norteamericano, desde un helicóptero, se ligó un regio chichón en el cráneo. Nadie en realidad, pudo explicarle claramente en qué consistía el fenómeno, y como disponía de todo, creyó por un instante que su *coverage* sería el más espectacular. Hubo orden de dispersión y la gente abandonó el escenario nodular, que había conglomerado a toda la población alrededor de la calle mayor y adyacentes arterias de tránsito, olvidándose de la catedral, que ya no existía sino en forma de un pozo enorme y rectangular, lleno de maderos y de trozos de mármoles añosos.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

